

## La Luna

Las estrellas titilan con timidez bajo una manta de azul estrellado. Los niños cansados del día se rinden a los pies de una mullida y cómoda cama, mientras los padres terminan los quehaceres. Las calles están tranquilas, con las farolas alumbrando el camino. El canto de los grillos llena los campos bañados en una luz verde, iluminada por las luciérnagas.

En lo alto del cielo se encontraba una luna menguante. Sobre ella, una mujer con los cabellos plateados se balanceaba sobre el borde, haciendo un esfuerzo por identificar un rastro de lo que podría llegar a ser un entretenimiento. Apoyada sobre su mejilla, la Luna buscaba diversión, pero lo único que encontró fue la característica monotonía de la noche. Bufó para sus adentros al descubrir una cierta decepción, a pesar de que ya sabía el resultado.

Se colocó de frente al mundo en un movimiento rápido pero elegante. A pesar de que no hubiera mucho espacio que recorrer, la Luna se movía de un lado a otro en un intento de matar el aburrimiento. Nunca pasaba nada. La gente dormía y había unas cuantas fiestas, pero nada salía de lo ordinario. Los primeros siglos estaban bien: las personas eran seres fascinantes que estudiar y su comportamiento era diferente al de un astro.

Antes era divertido verlos interactuar unos con otros e incluso ver sus reacciones cuando una estrella fugaz cortaba el cielo. Ahora todo se había convertido en una rutina eterna y monótona. Nunca volvería a ser como *antes*.

La Luna esperó a que su turno terminase. Esperaba desaparecer de medio mundo para instaurarse en el otro, deseando que algo más interesante se cociera por allí. Estaba preparada para cambiar como siempre lo había hecho: *sola*. Se deslizó sobre la curva que había formado y aguardó. Todo iba como de costumbre hasta...

Una luz amarilla que nunca antes había presenciado bañó zonas de la Tierra. En un acto reflejo, la Luna se encogió. Sin duda no esperaba toparse con esa novedad. La luz no se veía peligrosa, por lo que fue irguiéndose con lentitud y una curiosidad insaciable adornaba su semblante. Poco a poco la luz iba desapareciendo de su campo de visión. La Luna, desesperada, buscó acercarse lo más que pudo a la luz y, antes de que desapareciera por completo, pudo ver la silueta de otro ser.

Un tono rosado brotó de su blanca y brillante piel. Lo que sea que hubiera visto desapareció, pero tenía la extraña sensación de que lo volvería a ver.

La Luna aguardaba tumbada en su astro a que la rotación de turnos volviera a suceder. Enganchó un mechón de cabello en su dedo mientras especulaba de lo que podría tratarse la luz amarilla. Las conjeturas que iba creando eran más alocadas a medida que nuevas ideas cruzaban su mente. Salió de su ensimismamiento cuando una luz amarillenta se hacía paso en el espacio. La Luna se levantó de golpe y escaló hasta lo más alto para observar con mayor detalle al otro ser.

Ella pensaba que sería una estrella brillante enviada desde lo más lejos de la galaxia para hacerle compañía, para no sentirse tan sola. Las manos le temblaron y el corazón le martilleó tan fuerte el pecho que parecía estar a punto de volcarle. Sin duda no esperaba ser tan acertada con sus especulaciones. Un hombre cubierto de un brillo dorado anaranjado se alzaba sobre una estrella casi diez veces más grande que el astro sobre el que se hallaba la mujer bañada en plata. La respiración se le cortó durante unos breves segundos cuando comprendió que no eran tan diferentes, sino que era como... *ella*.

Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, la Luna se separó unos instantes del astro y contempló aquel ser que vivía en esa estrella latente de calor. El otro ser tuvo que notar el peso de su mirada, porque giró la cabeza para clavar los ojos en ella. Ese pigmento rosado volvió a

surgir en sus mejillas cuando la luz amarilla le dedicó una sonrisa. Antes de que pudiera soltar una sola palabra, la rotación había terminado y la luz amarilla había desaparecido.

La Luna se quedó donde estaba, flotando. Le costaba creer que en realidad nunca estuvo sola, sino que nunca había prestado la suficiente atención como para percatarse de la existencia de otro ser. Un cosquilleo la recorrió de pies a cabeza. Ahora no tenía muy claro qué hacer, solo tenía la certeza de volverlo a ver.

Desde aquella interacción, la vida humana se había vuelto fascinante para la Luna. Ver a los niños dormir plácidamente o ver una maratón de películas o incluso avistar los fuegos artificiales, era un auténtico espectáculo. El tiempo ya no parecía tan eterno y esa sensación de soledad fue aflojándose. Cuando quería tomarse un descanso de tanta actividad humana, se recostaba sobre el astro y comenzaba a contar estrellas como si fueran ovejas.

Por fin.

El cambio de turnos estaba a punto de suceder y la Luna repasó mentalmente todas las preguntas que tenía preparadas para la luz amarilla. La emoción latía en cada fibra de su cuerpo, una sensación que no experimentaba desde hacía siglos. Sus labios se curvaron hacia arriba. No podía esperar ni un segundo más, se alzó a lo más alto del astro y con la ayuda de sus piernas se sujetó de tal forma que sus manos quedaran libres para gesticular.

La luz amarilla se abrió paso en la oscuridad del espacio, dejando en primer plano el ser que le había regalado una sonrisa a la Luna. El brillo de los ojos de ella dejaba una fascinación palpable en su rostro y por un momento creyó haber visto una vergüenza pintada en el rostro de aquel ser. La rotación no iba a detenerse sólo por ellos, así que la Luna volvió de golpe a la realidad.

–Ho... hola. –Su voz no había sonado tan tonta en los milenios que llevaba la noche. –Yo soy Luna y ¿tú? –El ser brillante no respondió al instante, provocando un revuelto en el estómago de ella. –No... no te había visto por aquí. ¿Eres nuevo? –Silencio. –¿Cuál es tu papel?

El tiempo se agotaba y todavía había un montón de respuestas que no había llegado a averiguar. Ni siquiera le había dicho quién es. El tiempo se consumía a una velocidad de vértigo y no había conseguido saber nada. El cambio de turno estaba a punto de terminar junto con las esperanzas de la Luna. Una parte de ella necesitaba respuestas, aunque solo fuera una. *Una*. Estaba a punto de darse por vencida, cuando una voz con un ápice infantil dijo:

–Soy Sol. –El ser amarillo desapareció tras la silueta del planeta.

–*Sol*.

El tiempo pasó y la Luna –a pesar de las dificultades y sus escasos dotes de comunicación– fue adquiriendo pedazos de información. El tiempo era un concepto relativo para los astros, ya que no tenían un reloj para mirar la hora. Sin embargo, a la Luna le pareció que el tiempo pasaba más rápido, los paisajes nocturnos eran más agradables y la soledad que sintió en un principio fue evaporándose.

Tras varios periodos de rotación, descubrió que las dotes de conversación del Sol eran igual de limitadas que las de ella. Para su sorpresa, él también pensaba que estaba solo entre toda esa materia.

–¿Y qué es lo que ves? –La Luna le preguntó lo más rápido que pudo para que la estrella tuviera el máximo tiempo posible para elaborar una respuesta.

–El color de los campos, las casas, las nuevas sensaciones que experimentan las personas frente a nuevos retos... –su expresión se había ablandado considerablemente desde que se habían conocido. Los ojos de la Luna parecían estar a punto de desprender estrellas y el asombro no tenía fondo. El Sol prosiguió. –Lo que más me gusta es el color que adopta el océano cuando absorbe mi luz. Las tonalidades de azul y la blanca espuma.

Apenas quedaban unos segundos para que volvieran a desvanecerse de la vista del otro, así que no perdieron el tiempo en cosas insignificantes. La Luna gritó a todo pulmón el deseo de poder verse más tiempo, no unos meros minutos. Aunque ya no estaba sola en el mundo, no podía conformarse con tan poco, necesitaba más porque, a fin de cuentas, el resto del tiempo sólo tenía la luz de las estrellas como compañía.

El Sol también había pensado en ello, pero la única respuesta que obtuvo fue que lo tendrían al cabo de tres rotaciones más. La Luna no tenía muy claro cómo iba a ser eso posible y sin pretenderlo, se sumergió en un vacío de curiosidad y miedo. Había algo que no terminaba de encajar porque, ¿cómo se suponía que iban a verse por más de unos minutos si nunca lo habían conseguido? ¿Por qué ahora?

No lo sabía.

Las rotaciones siguieron su curso y las conversaciones que entablaban mantenían el mismo ritmo de siempre. Poco a poco la curiosidad de la Luna fue saciándose, pero la semilla de incertidumbre que el Sol había sembrado en ella no paraba de crecer.

Al cabo de tres rotaciones, la Luna escaló el astro y esperó, tal y como le había pedido el Sol. Al principio nada mágico sucedió y esa semilla dio lugar a una planta. La Luna estaba decidida a bajar cuando un color rojizo la cubrió. Los cráteres y toda la superficie habían mutado de un gris plata a un rojizo intenso. Alzó la vista al frente y se topó con un nuevo color en la Tierra, uno que no había visto jamás.

Una sonrisa fue dibujándose en sus labios, era incapaz de contenerla. ¿Era eso a lo que Sol se refería? Puede que sí, pero lo veía poco probable ya que él no estaba presente. La sonrisa se borró de su rostro, dejando una profunda tristeza. Estaba a punto de renunciar a todo, a sus recuerdos y a sus emociones. Pensó que nada de lo que había ocurrido fue real.

Se dio la vuelta dispuesta a abandonar toda esperanza, pero una mano la detuvo. Unos dedos cálidos y seguros rodearon su muñeca, el agarre no era fuerte pero sí lo suficientemente firme como para evitar zafarse de él. La Luna giró sobre sus talones con cautela y cuando reconoció aquel rostro brillante no pudo contener una lágrima. Sol había ido hasta ella, ¿cómo? Solo él sabía la respuesta.

Ese era un momento que tardaría en repetirse, por lo que la estrella optó por las palabras justas y necesarias para explicar que el eclipse lunar le permitía estar unos minutos fuera de su hogar. Ella no necesitó más explicaciones y se abalanzó a sus brazos. Necesitaba el abrazo que nadie le había concedido, necesitaba experimentar esa amistad que veía todo el tiempo sin descanso, quería sentirse querida.

Puede que todo volviese a la normalidad de un momento a otro, que la vida volvería a ser igual de monótona que antes. Aunque tuviera todo el tiempo del mundo para hablar con él, pero ese recuerdo lo mantendría vivo hasta el final de los tiempos.